

el gobernador civil interino no cumplieron con sus deberes, y estuvo la diputación en su perfecto derecho exponiéndolo así al gobierno y suprimiendo el pago de haberes á la compañía insurrecta, que marchó á Irun, donde no tenía muchas simpatías; pero se calmaron con su salida los ánimos de los habitantes de la siempre pacífica ciudad, que jamás había presenciado insurrección tan vergonzosa y criminal, cuando tan necesario era ir á combatir á los enemigos.

No se descuidaban estos. Ataca Santa Cruz con su cañón á los 36 carabineros que defendían el puente de Enderlaza, sobre el Bidasoa, y cuando despues de batirse seis horas, habiendo resistido valientes algunas embestidas, teniendo seis muertos y casi agotadas las municiones, se les ofreció la vida si se rendían, acordaron unánimes rendirse, no sin inspeccionar antes si se podría salvar la distancia que hay desde la casa aspillera hasta un punto vadeable del río; pero vieron que á menos de 100 metros había mas de 500 carlistas que matarían seguramente á cuantos intentaran correr aquella distancia. Los que á pesar de esto lo intentaron fueron víctimas, excepto unos cuatro ó cinco que corrieron bien. El teniente y 23 carabineros quedaron prisioneros, y fueron á poco inhumanamente fusilados sin recibir los auxilios espirituales, lo cual, según dijo Lizárraga, «era trabajar en favor del infierno (1).»

Continuó Santa Cruz sus operaciones, cometiendo toda clase de excesos aun contra los mismos carlistas; quejábale Lizárraga á Dorregaray del bandolerismo del cura, que no solo le desobedecía, sino que hasta se atrevía á pedirle trescientos hombres, y por lo mismo que Lizárraga estaba en Lecumberri, exigió á este pueblo, en el término de cinco horas, 500 raciones, contestándosele que solo se suministraban á las tropas fieles á don Carlos.

Cansado ya Lizárraga, escribió unas proclamas enviándose las á don Carlos para su aprobación, ó que admitiera sino la dimisión que por tercera vez le hacía. En ellas demostraba que Santa Cruz ni defendía la religión, ni merecía el título de cristiano, ni el nombre de carlista, ni el de español, ni el de guipuzcoano, que manchaba aquella causa, que tenía corazón de hiena y estimulaba á sus soldados á que le abandonasen (2). El mismo diputado general señor Dorronsoro, escribía de Santa Cruz que «había olvidado los deberes de sacerdote católico, apaleando sin piedad á amigos y enemigos, y matando sin confesión á los vencidos, habiendo escarnecido nuestros principios políticos, negando de palabra y de hecho la obediencia debida á los superiores legítimos y al Rey.—Es llegada la hora de hablar. Diga V. á los amigos que Santa Cruz es en el campo carlista un faccioso, un rebelde á toda autoridad, la deshonra de nuestra hermosa bandera: dígales que vean en las crueldades de Santa Cruz el sistema que ha adoptado para llegar, imponiéndose por el terror, á donde nunca pudieran aspirar la oscuridad de su nombre y la escasez de sus dotes.» Refiere ciertos actos no muy dignos y añade: «Preferiría y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana que en las de Santa Cruz; que Santa Cruz es hoy el peor enemigo de la causa, y que si el estado del alzamiento de Guipúzcoa es hoy mas fatal que el primer día, nadie mas que Santa Cruz tiene la culpa y la responsabilidad; que Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero ni el valor personal del cabecilla, como estoy de ello convencido y se lo demostraré á V. con nuevas pruebas... que Santa Cruz

(1) El testimonio de cinco desgraciadas mujeres de los carabineros difuntos es terrible. Refieren que ellas mismas suplicaron al feroz Santa Cruz que perdonase la vida á aquellos desgraciados veteranos, casi todos padres de numerosa familia, y que les contestó que solo serían prisioneros en Peña Plata, adonde los llevaban, pero las intimó á que inmediatamente se marchasen: que desconsoladas partieron para Irun, y á los pocos minutos oyeron dos descargas de fusilería, en vista de lo cual vieron apresuradas y se encontraron sobre la carretera una línea de cadáveres y dos ó tres grupos de entre ellos abrazados; que, á sus gritos y ayes los carlistas contestaron que si no marchaban de allí inmediatamente iban á hacer otro tanto con ellas.

(2) Poseemos originales estos documentos que hemos publicado en la HISTORIA CONTEMPORÁNEA, ANALES DESDE 1843 HASTA LA CONCLUSION DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

es, en fin, un miembro podrido de la comunión católico-monárquica.» Insiste Lizárraga en denunciar robos, fusilamientos y otros crímenes del cura, citando entre otros el de una mujer embarazada, cuya bárbara sentencia de muerte dictó y ejecutó, y en cuyos delitos se basó la causa que originó su sentencia de muerte, pidiendo á don Carlos autorización para publicarla (3).

Ya que no pudo Santa Cruz hacerse dueño de Peña Plata, desde donde mejor podría imponerse, se fué á los montes de Ataun, proponiéndose terminar de una manera ruidosa el movimiento del ferro-carril, poniéndose así frente á frente y de una manera hostil con el mismo don Carlos. Pidió el estudiante de Lezcano al alcalde de Beasain todo el petróleo que hubiese en la villa, presentóse á poco Santa Cruz, destruyó el fuerte y la estación incendiándola, sin permitir se librasen ni los libros de la administración, contempló el cura el edificio que ardía, abrió él mismo las puertas de varios carruajes, en los que se echó paja rociada con petróleo y la prendió fuego, propagándose este al próximo almacén de mercancías.

Consumado el incendio, regresó Santa Cruz á Ataun, llevando su gente lo que le convino de los equipajes allí detenidos. Al día siguiente se presentó á detener todos los coches de la carretera, quemó la correspondencia, robó á los viajeros cuanto llevaban de valor y exigió cantidades de rescate. Otro cura, don Leon Iriarte, fué á Beasain con una compañía de vizcaínos, é informado de lo ocurrido y de que aun quedaban vagones que destrozar, cargados muchos con mercancías, lo incendió todo.

Intolerable ya Santa Cruz, fué el marqués de Valde-Espina con fuerzas á someterle, y lo consiguió y la entrega de toda su gente, inclusa la fortaleza de Arichulegui con su artillería y pertrechos de guerra, ofreciendo el cura retirarse al extranjero, de todo lo cual y de las demás condiciones firmaron acta, cuyo cumplimiento eludió Santa Cruz poco dignamente. El marqués, que había obrado obediendo las órdenes de don Carlos, dió una orden general evidenciando la insubordinación del cura y de sus fuerzas, y diciendo que por su indigno trato como militar y como caballero merecía el anatema de todos. Habló al fin don Carlos declarándole rebelde si volvía á ponerse al frente de algunas fuerzas carlistas; consideraba también rebeldes y que se les juzgaría como reos de lesa majestad á cuantos sirviesen á sus órdenes ó en sus filas le admitiesen, los que ocultasen armas, etc., y mandó que se empleara el rigor debido para quitar al cura todos los elementos de que pudiera valerse para eludir el cumplimiento de lo que se mandaba. Vencido Santa Cruz, concluyó por entonces esta grave cuestión, que veremos reproducida cuatro meses despues de una manera inesperada.

Continuaron los carlistas en su propósito de impedir sueltamente la circulación por el ferro-carril del Norte, y esto cuando hacía mas de un mes que estaba acordada la neutralidad.

(3) Al enviar Dorronsoro copia de la sentencia á don Tirso Olazabal para que se la presentara á don Carlos, le recomendaba procurarse inclinación su ánimo (hacia la hoy única posible solución, que es la destitución oficial y pública del desdichado Santa Cruz, á condición de perseguirle sin tregua ni descanso como al peor de los enemigos, si no entrega la fuerza al jefe que se le designe. La voz del Rey bastaría, así lo creo al menos, para oscurecer completamente á Santa Cruz... si esto no se hace, y pronto, las consecuencias, no lo dude V., serán fatalísimas... Entérese usted de mi carta á Verzoza y de los documentos que la acompañan: esto resuelto á publicarlos si esta situación se prolonga... que Santa Cruz no respetará el convenio de S. M. con la empresa del ferro carril del Norte, é impedirá la circulación de trenes lo mismo que hasta ahora, porque ese dinero, dicen, no ha de ser para ellos.)

El 15, desde Lecumberri, escribía Lizárraga á Dorronsoro, entre otras cosas, respecto á Santa Cruz: «Días atrás mandó á un muchacho para que matase á cierta persona, y fué muerto su hermano al mandar al muchacho para que matase á la persona que se le había designado... se presentó adonde mi... y le hice las reflexiones que mi conciencia me dictaba como católico y caballero; me contestó el pobre chico aterrizado, que si no cumplía lo que le mandaba, serían fusilados sus padres, y que en esta triste alternativa no tenía mas remedio que obedecer al funesto Santa Cruz.»

Habíase trabajado para obtenerla, y aunque se objetaba como inconveniente el reconocimiento de beligerantes á los carlistas, esto era solo una cuestión de nombre para los liberales; pues para conseguir la neutralidad no había mas remedio que tratar con el que había de concederla, cuando no se podía conseguir con la fuerza. La guerra era ya un hecho, y si al gobierno, por no declarar su impotencia, interesaba no reconocer el derecho, podía y debía hacerlo la empresa que no tenía que sacrificar su amor propio, que lo demandaban justos y legítimos intereses y la necesidad del público. Y tal convenio de neutralidad era ya un hecho consumado con la empresa del ferro-carril de Zaragoza á Barcelona, pagando 2,000 pesetas diarias, sin haber promovido las polémicas á que dió lugar el proyecto de hacer lo mismo en la línea del Norte. Firmóse el convenio de neutralidad (1), que imposibilitaron los mismos carlistas, faltando á la orden de sus superiores, y tal convenio fué ilusorio.

El triunfo que los carlistas obtuvieron en Eraul, que rehabilitó á Dorregaray y aumentó sus huestes, excitó en don Carlos el deseo de penetrar en España para borrar el recuerdo de Oroquieta, y el 16 de julio atravesó la frontera sin ningún contratiempo, casi por el mismo sitio que su abuelo 39 años antes. Recibióle en Zugarramurdi con estrepitosas aclamaciones, campaneo y salvas de la vecina fortaleza de Peña Plata, y dió don Carlos una alocución, diciendo á sus huestes que se presentaba á ellas, que escasas de recursos, pero ricas en fe y heroísmo, habían sabido mantener á grande altura una campaña inverosímil, fabulosa, sin pedir otra cosa que armas; que iba á combatir como sus soldados por la patria y por Dios; que deploraba la ceguera del ejército que les combatía; al que recibiría con los brazos abiertos, si reflexionase que la bandera carlista era la de la legitimidad y del derecho: demostraba su gratitud á sus defensores, dirigía los acentos de su voz amiga á todos los españoles, y terminaba diciendo: «Voluntarios ¡adelante! España dice que muere: con que á salvarla, voluntarios.»

Revistó tres batallones, á cuyo frente bajó á Arizcun, donde se celebraron bailes y fiestas, se organizó una sección de artillería de dos piezas rayadas de 4 8, se uniformó el naciente escuadrón guipuzcoano, marchó con Elio, y atravesando montes y por malos caminos pasaron á la vista de Elizondo, á cuyos defensores intimaron la rendición, que fué rechazada. No insistieron los carlistas, y continuaron por Labayan, Lecumberri, Dos Hermanas é Irurzun á Asiaín, donde regaló don Carlos al 2.º de Guipúzcoa la preciosa bandera que llevaba consigo y le había regalado, diciéndoles que se la entregaba para que la plantasen en Ibero.

Como á una fiesta corrieron á este lugar de la cendea de Olza, cuya defensa consistía en un fortín con unas casas aspilleras que defendían el fuerte guarnecido con unos 140 carabineros: desecharon la intimación de rendirse, resistieron bizarramente la valerosa acometida de los carlistas, suspendió la noche aquel ataque infructuoso y desgraciado para los carlistas, y la llegada de Ollo que acababa de obtener un valioso triunfo en el túnel de Lizárraga y llevaba mas cañones que podían hacer brecha en las casas defendidas, lo que no consiguieron las dos piezas que estuvieron jugando, aumentó los aprestos de ataque para el día siguiente. De Ibero Ollo, redoblaba esto su empeño: avisó á su hermano que salieran todos los vecinos del pueblo para que no sufrieran, y como conducía numerosas fuerzas y escaseaban las municiones á los carabineros, decidieron estos retirarse á Pamplona, puesto que ningún socorro se les enviaba estando tan cerca. Los carlistas demolieron la fortificación.

Satisfecho don Carlos celebró en Echauri un largo consejo con sus generales, decidiéndose en él á aprovechar el entusiasmo que su entrada había producido, apresurar la introducción de armas y arrojar á los liberales de las provincias Vascongadas y de Navarra. Algunos opinaron por efectuar una expedición sobre Madrid, y aunque no faltó general que apoyó esta idea, la mayoría no la creyó realizable, y se acordó tomar

(1) En la frontera de España á 14 de junio de 1873.—Firmado.—Tomás Ibarrola.—Guillermo Estrada.

la ofensiva contra las pequeñas guarniciones que se sostenían en el país, apoderándose de las que pudieran, y obligando á levantar las restantes, aumentando en tanto las fuerzas carlistas, dándoles la organización de que carecían algunas. Acordóse también se separase de don Carlos Lizárraga con los guipuzcoanos, marchando á su provincia, donde mucho tenían que hacer, dado lo poco que se había hecho. Marchó con sus tres batallones y dos piezas á Ataun.

Además del fuerte de Lizárraga, cuya guarnición se rindió sin disparar un tiro, entregóse también á Dorregaray la del fuerte de San Adrian, compuestas ambas de unos 150 hombres con dos cañones, que fueron á aumentar la artillería carlista, que contó además con 70 bombas y 6,000 cartuchos. Lo mas importante era el triunfo que habían obtenido, porque allí estaba la llave de las Amescoas y de la Barranca: aquellos fuertes protegían el cruce de las columnas, y no podrían hacerlo ya sin exponerse á una derrota; y cuando antes tenían los carlistas que efectuar grandes rodeos y por malos caminos para atravesar la Barranca, ahora no se les oponía ningún obstáculo; se movían fácilmente: al atravesar el condado de Treviño, sorprendieron cerca de Trespuentes un tren con algunos oficiales y soldados, y sabedor Ollo de la proximidad de una columna liberal, tomó posiciones, hizo lo mismo su enemigo, se contemplaron mutuamente, regresó la columna á Vitoria y los carlistas siguieron su movimiento á Vizcaya, recibiendo á don Carlos en Orduña con aclamaciones, luminarias y colgaduras.

Invitado don Carlos á jurar los fueros del señorío, según la antigua costumbre, contestó que las circunstancias de la guerra contrariaban sus deseos, no permitiéndole practicar las formalidades de ir á las puertas de Bilbao, pero que se hallaba decidido á ir á Guernica á declarar en presencia de los vizcaínos «que si por hoy no podía pronunciar el juramento que anhelaba con todas las condiciones forales, se comprometía solemnemente á ir á esa noble é hidalga tierra, según era obligación suya, cuando España estuviese pacificada, á llenar todos los pactos y formalidades del fuero.» Marchó á Guernica, y en Santa María, antigua iglesia juradera, de pie, y á su lado los diputados, dijo la misión que se creía obligado á cumplir, que al pisar el suelo de Vizcaya no había podido prescindir de ir á saludar el venerando árbol, y asegurarles que quedaban reintegrados en la plenitud de todos sus fueros (2).

Nombrado en reemplazo de Nouvilas el general Córdova, no aceptó, y quedó de general en jefe interino del ejército del Norte don José Sanchez Bregua, que atendió al completo restablecimiento de la disciplina: vió en breve que podía contar con sus tropas, las consideró insuficientes para combatir al enemigo, que ya no huía de algunas columnas, como lo había hecho hasta entonces, sino que las esperaban, como hizo Lizárraga en las alturas cerca de Isasondo al saber que por allí había de pasar Loma, al que sin embargo no lograron impedir entrara en Isasondo y siguiera á Villafraña, despues de sostener un pequeño combate. A los tres días atacó Lizárraga la guarnición de Elgoibar, compuesta de una escasa compañía de Luchana, que se encerró en la iglesia, resuelta á morir antes que rendirse: refugiados en la torre cortaron la escalera, é ineficaz el fuego de cañón, hizo Lizárraga á los vecinos que arrimaran leña y paja á la iglesia, y la incendió. Murieron cuatro asfixiados, é imposible la defensa, se rindieron, poniéndoles el carlista en libertad, admirado de su valerosa resistencia durante mas de seis horas.

Loma corrió á Elgoibar, no impidió el paso de Lizárraga á Vizcaya á unirse con don Carlos, tiroteado solo por algunos voluntarios de Eibar; autorizóse á Loma para abandonar las guarniciones de los puntos en que no había voluntarios, pues todas le pedían refuerzos que no podía proporcionar, apoderándose de todos los pueblos gran pánico por la quema de la iglesia de Elgoibar, y la orden que se le enviaba para concentrar los destacamentos y levantar las guarniciones, la interceptó Lizárraga, sabiendo por ella que entre las que se debían conservar estaban Oñate, Vergara, Mondragon y Azpeitia;

(2) De toda esta ceremonia se levantó acta que obra original en nuestro poder.



consideró que apoderándose de uno de estos pueblos desbarataba el plan en que fundaba su defensa el enemigo, aunque todos estaban próximos para auxiliarse, y resolvió atacar á Mondragon, mas cercano á Durango donde estaba el carlista. Cayó súbitamente sobre aquella villa, rompió el fuego de cañon desde los montes inmediatos, se apoderó de las primeras casas, que incendió, guareciéndose la compañía de Sevilla y unos 60 voluntarios en la iglesia y ayuntamiento, apurábase Lizárraga porque no se rendían los liberales al segundo día del ataque, se iba aproximando Loma y se acababan las municiones, por lo que tuvo que retirar la artillería, continuando con mayor vigor la acometida, lo cual desorientó á la guarnición que esperaba pronto socorro; perdió la esperanza de obtenerlo, y al cabo de diez y ocho horas de pelear se rindió, quedando en poder de los sitiadores 200 fusiles y abundantes municiones. En aquel momento asomaba la vanguardia de Loma por el alto de Campanzar. Esta conquista y la de Elgoibar cambió el aspecto de la guerra en Guipúzcoa, donde había muchos puntos fortificados, pero no estaban todos en estado de defenderse de la artillería, ni se habían completado sus obras.

Aumentados los carlistas, eran necesarias mas fuerzas liberales en Guipúzcoa, y ni aun tres batallones que pidieron las autoridades pudo enviarles el gobierno. Retiró Loma las guarniciones y destacamentos de muchos puntos, dejando guarnecidos los que consideró mas necesarios; vió limitado el terreno en que operaba, menor cada día; quedando muy separados Vergara y Placencia, reforzó la guarnición del segundo punto donde se estaba construyendo bastante armamento para el Estado, y propuso fortificar la iglesia de Zumarraga y ocupar esta villa tan estratégicamente situada. Eran justas sus quejas por falta de fuerzas; solo tenia su columna unos 1,500 hombres, y de todas partes le pedían refuerzos, amenazando los voluntarios si no los enviaban, con dejar las armas. Cometieronse faltas graves, por mas que algunas fueran hijas de la necesidad; así se sintió el abandono del bien fortificado Aya, quedando Orio en poder de los carlistas, á los que era de grande utilidad, aun cuando no eran estos puntos solamente los que le importaban, habiéndose propuesto dominar en la provincia. Desparramadas sus fuerzas desde Irun hasta los límites con Vizcaya, mientras interrumpían las comunicaciones de San Sebastian con la frontera, bloqueaban á Oyárzun, con el deseo de apoderarse de las minas de Rentería, para tener el plomo que tanto necesitaban, é intentando encerrar á Loma en Vergara y apoderarse de esta villa y de la columna, convocó Lizárraga fuerzas alavesas y vizcainas. Aunque no concurrían estas, cayeron las guipuzcoanas y unos 200 alaveses sobre Vergara, la atacaron, defendiéndose bien los liberales, é hicieron retirarse á sus enemigos por Elgueta á Elorrio, encontrándose en el camino al batallón vizcaino de Durango que á las órdenes del baron de Sangarren acudia á la cita, aunque tarde. Torpe estuvo Lizárraga, porque con las fuerzas que contaba, segun confesó el mismo Loma, no había sabido llevarle al punto «donde me hubiera hecho grandes pérdidas en la columna, si no causaba mi derrota.» Tiene razon, pero tambien pudo el jefe liberal caer sobre los alaveses, los últimos que se retiraron, impidiéndoles el paso de San Prudencio á Mondragon. Se quitaron las guarniciones de Placencia, Oñate y otras, apoderándose los carlistas á las pocas horas de gran porcion de efectos, armas y municiones existentes en la fábrica de la primera poblacion, y el general en jefe que se hallaba en San Sebastian salió con unos 11,000 hombres, regresando á los cuatro días á proveerse de fondos, que los consiguió trabajosamente por la deplorable situacion en que se encontraban las corporaciones populares, que tantos sacrificios habían hecho, viendo próximo el caso de tener que disolver una parte de la fuerza de migueletes y las compañías de móviles. Creían los apuros; los carlistas que ya se habían situado en Santiagomendi, no solo atacaban á Astigarraga, sino á las fuerzas que custodiaban los convoyes de lo que necesitaban, retrocediendo algunas de estas, y se aproximaban á San Sebastian.

Era en verdad insuficiente el ejército de que disponía el general en jefe para la extension del territorio á que tenia que atender, auxiliar á tantas guarniciones y destacamentos desparramados, no habiéndose combinado su mutua protec-

cion: era prudente disminuir el número de puntos guarnecidos, pero no abandonarlos todos; aun podían conservarse muchos con gran ventaja para la causa liberal. ¡Cuánto ganaron los carlistas con la posesion de Oñate! Abundante en recursos, en posicion estratégica, poderoso centro de resistencia, estableciendo en Araoz su cuartel general, tenía para don Carlos la misma importancia que para su abuelo en la anterior guerra. Eibar y Placencia, no solo eran notables por su posicion geográfica, sino por sus armerías, porque todos sus habitantes fabricaban armas, y ya que se les quitara la guarnicion, no se les dejara los armeros, que lo tuvieron que ser por necesidad de los carlistas. Eibar contaba además con mas de 1,200 valerosos voluntarios, y bien fortificada, con pequeña guarnicion, mas algunos cañones, habría estado en perfecto estado de defensa no habiéndola dejado sola. Este era el sentimiento que reinó en toda la provincia, expresado en actos no muy pacíficos en algunos pueblos de bien probado liberalismo, que pudieron vencer al general en jefe del espíritu de que se hallaban poseídos aquellos bravos voluntarios.

En cuanto se abandonó Vergara, penetró en ella Lizárraga (1), que pudo ya contar además con Oñate, Azcoitia, Azpeitia, Deva, Motrico y otros pueblos abandonados. Importaba mas á los carlistas hacerse dueños de Eibar, por el número y calidad de sus voluntarios, que no se limitaban á defenderse sino que efectuaban importantes salidas, y por su industria de armas; y aprovechando Lizárraga divisiones y desconfianzas, tal maña se dió, que se evacuó la villa, y el mismo día la ocuparon los carlistas, y Placencia, armando un batallón con las armas recogidas en Eibar, y aun dió 800 fusiles para los alaveses.

Lizárraga se vió dueño de toda Guipúzcoa, excepto la parte comprendida entre Tolosa é Irun. No eran posibles mayores ventajas á menos costa. Pocos dias antes tenían los liberales 38 puntos mas ó menos fortificados, y ahora solo contaban 10; y así como Lizárraga apenas podia entrar en la provincia, ahora cuidaban los jefes liberales de no alejarse mucho de San Sebastian y de Tolosa. Este fué el inmediato resultado del precipitado abandono de los puntos fortificados que tanto angustió á aquel país, que en esta guerra tuvo muchos mas voluntarios liberales que en la pasada.

En Vizcaya se esforzaba Velasco por reclutar carlistas y organizar la guerra, en cuya tarea le ayudaban los demás partidarios á los que se agregó don Cástor Andechaga, que á pesar de sus 70 años de edad volvió á defender la causa de que había sido antiguo partidario.

Las partidas vizcainas que pudieron haber sido exterminadas en un principio por la escasez de su fuerza y falta de armamento, fueron engrosando con la saca forzosa de los mozos y armándose con los desembarcos de armas que impunemente se efectuaban. Hallábase ya en disposicion de hacer frente á los liberales como sucedió en Lamindano, donde batieron á la columna del coronel Costa, que perdió dos piezas y tuvo sobre 100 bajas. Recogió la columna batida la guarnicion de Villaro, compuesta de francos que tuvieron que ser desarmados en Bilbao, con gran contento de sus habitantes; se retiraron las pequeñas guarniciones y destacamentos, y la guerra en Vizcaya se fué formalizando. El sistema que se seguía de operar en pequeñas columnas era absurdo. Desguarnecidos Durango, Marquina, Ondarroa y Bermeo, quedaron dueños los carlistas de toda la provincia excepto Bilbao y Portugalete. Atacaron esta villa desde el alto de Campanzar, defendiéndose valientes los francos y movilizados que la guarnecían; la goleta de guerra que había en la ria envió sus proyectiles por encima de la poblacion contra los carlistas, acudieron fuerzas de Bilbao, y cayeron sobre los sitiadores, que se retiraron de posicion en posicion, bien defendidas.

(1) Creyendo el jefe carlista que en el pequeño campo acotado en conmemoracion del convenio de Vergara, y donde está ordenado por las Cortes erigir un monumento que perpetúe aquel acto de paz, se hallaba el acta de tan memorable hecho, se dirigió al sitio con sus tres batallones; se excavó para extraer el convenio y quemarlo, «y aunque no se encontró en la excavacion que se hizo el documento original que se buscaba, se quemaron en su lugar otros papeles, y se extendió y firmó por los presentes un acta, que en seguida se hizo publicar.»

El fomento del carlismo hizo que el espíritu público de los bilbaínos renaciera como el fénix de la fábula: el peligro alentaba. La inercia hasta entonces se convirtió en activo entusiasmo: se formó, como en la anterior guerra civil, una junta de armamento y defensa, y se improvisaron los reductos del Morro, Mallona, el Diente y Luchana, que á la derecha de la ria defienden la villa del Sur al Norte. Faltaban oficiales inteligentes de artillería. Se enarboló la bandera española en el primero con un banquete, y como todo el día estuvieron los carlistas en el alto de Santo Domingo dirigiendo algunos fusilazos á la poblacion, se les dispararon varios cañonazos desde el Morro y Mallona, que apenas les asustaron, pues volvian en seguida á presentarse en la altura, y aun descendieron de ella por la tarde para hacer fuego sobre la villa.

Lamentábase, como no podia menos, que habiendo en la villa tanta tropa, no se efectuara alguna salida estratégica que hubiera alejado al menos á tan osados enemigos, que hasta llegaron á cortar las aguas de que se surte Bilbao; pero la guarnición continuó paseándose, y en vez de ir algunas fuerzas á reparar la cortadura y poner límite á estos excesos de los carlistas, se les envió una comision de sacerdotes, de parte del general, para solicitar inútilmente de Andechaga que volvieran las aguas. Tambien rompieron los carlistas el puente de Lamiaco, lo que no se hubiera efectuado á no tener la marina abandonada la ria, en la que eran fusilados los viajeros que iban embarcados. Se quemó por los liberales el caserío de Quintana, ya que no se supo derribar á cañonazos; se entabló una especie de competencia entre liberales y carlistas en quemar caseríos, y estrechado cada día el bloqueo que la invicta villa experimentaba, adquirió el convencimiento de verse en breve sitiada.

Enseñoreados los carlistas de Vizcaya, pudo su diputacion establecerse con seguridad y obrar con desembarazo; declaró soldado á todo vizcaino soltero, viudo ó casado de 18 á 40 años de edad, y como lo que mas necesitaba era dinero y pronto, pidió al clero un millon de reales, cuya peticion aceptó en principio, haciendo se denominase empréstito forzoso; al realizarse ocasionó reclamaciones, protestas y negativas; á los cuatro meses apenas había ingresado en las arcas de la diputacion una exigua suma de la cantidad pedida y por mas que se trató duramente á los morosos no se completó la cobranza del empréstito.

Muchos carlistas se levantaron en Alava, pero carecian de armas; marcharon á Navarra á apoyarse en el movimiento de esta provincia, no hallaron el apoyo que buscaban; eludiendo bien la persecucion de las columnas liberales, volvieron á Orbiso despues de haber estado en la sierra de Zudaire, reducidos á menos de la mitad por las deserciones; acogieron despues otros á indulto, con tan poca fortuna los que depusieron las armas en Oteo, que para hacer méritos el jefe de una columna liberal, entró en el pueblo haciendo fuego, al que nadie contestaba; léjos de respetar lo pactado con el alcalde rompió el escrito de sumision, y considerando á los sometidos carlistas prisioneros de guerra, los hizo maniatar, los llevó á Vitoria, rodeando por mas molestarles y presentóse este hecho arbitrario como una batalla: algunas hubo parecidas.

Deshicieronse las pequeñas partidas que quedaron en Alava; se achacó el desastre á falta de jefes; se dividió la provincia en cuatro distritos, en los que se reunieron sobre unos 400 hombres; dióse á don Manuel Lecea la comandancia general; perdió toda su gente en Apellaniz; sucedióle Aguirre; mostró el activo diputado general carlista señor Varona admirables dotes para reparar el descalabro sufrido; pero faltaba verdaderamente un jefe militar, y fué nombrado don José Ruiz de Laramendi, retirado desde 1866, y que desde 1868 estaba prestando en Cataluña importantes servicios al carlismo. No los prestó ahora menos notables reorganizando las fuerzas carlistas alavesas: estableció Varona talleres para la construccion de calzado y correaje, y una fábrica de pólvora, puso en explotacion las minas de Barambio, se organizaron en Aramayona los batallones, la armería y talleres; se hizo sargentos primeros á los estudiantes de ciencias, y segundos á los bachilleres en artes: se tocaba diana una hora antes de

amanecer y mientras los batallones rezaban el rosario, un reten de caballería hacia la descubierta, y despues de recibir el parte, se dedicaban tres horas á instruccion, y por la tarde establecíase una escuela de cadetes. A poco tenia ya 1,500 fusiles útiles, organizados cuatro batallones con buenos cuadros y un escuadron con 70 caballos. Concurrieron los alaveses, como vimos, al ataque de Vergara y á otras operaciones en Guipúzcoa y Vizcaya, sin desatender ó ultimar la organizacion é instruccion de su gente, con la que se halló en disposicion de batirse con cualquiera clase de enemigos.

Desde Vizcaya regresó don Carlos á Navarra no muy atendida por las fuerzas liberales, ó mas bien estaba abandonada; por lo que atravesó don Carlos toda la provincia, descansando dias enteros donde lo creyó mas conveniente, celebrando funciones de iglesia y novilladas y apoderándose de fuertes como el de las Campanas, cuya estacion fué incendiada. La columna liberal de la Ribera dejó mucho que desear, cuando tanto pudo haber hecho ahora y anteriormente. Su retirada á Tudela sin objeto necesario, dió tiempo suficiente para que las partidas bajasen á Lerin y Lodosa y ocupasen algunos miles de robos de cereales almacenados en el primer punto, recogiendo de paso hombres y caballos, y cobrando contribuciones en pueblos que no pisaron en la anterior guerra. De aquí el poco temor que á los carlistas inspiraba esta columna, y desdeñándola se decidieron á apoderarse de Estella, á lo que les ayudaba el no verse perseguidos. Enviaron por delante á Rosa Samaniego, que ya había empezado á adquirir funesta celebridad, y el 17 de agosto, cuando el gobernador del fuerte de Estella no había terminado aun las obras de defensa, comenzó el tiroteo por la parte de la Cruz de los Castillos y barrio de San Pedro, del que se apoderaron fácilmente cuatro compañías. Acogióse al fuerte la guarnicion, consistente en cinco compañías de ejército, 20 voluntarios y algunos enfermos convalecientes, no se decidió su jefe á incendiar las casas fronterizas, aunque estaban hacinados en ellas los combustibles para hacerlo, y los carlistas cañonearon el fuerte introduciendo en él buen número de proyectiles que produjeron un incendio, trabajosamente atajado. Continuó el fuego de cañon y fusilería el 18 y 19, comenándose á practicar una mina, y al saber los sitiadores que la columna de la Ribera hacia una demostracion por la parte de la Solana, acudieron á su encuentro don Carlos, Elío y Ollo. Al divisarlos desde Allo el jefe liberal, les disparó unos cañonazos y se retiró hacia Sesma, avanzando los carlistas á Allo como si fuesen en persecucion de aquel. Pernoctó don Carlos tranquilamente en Dicastillo, permanecieron en ambos puntos, hasta que decidido Villapadierna á atacarles se trasladó á Lerin, avanzó hacia ellos, trabóse la accion cerca de Allo con varios accidentes, y ya tarde, despues de soportar ambos combatientes un terrible aguacero, pernoctaron los carlistas en Allo y sus contrarios retrocedieron á Sesma.

Prosiguió en tanto el ataque al fuerte de Estella, habiendo día, el 20, en el que la artillería carlista hizo sobre 200 disparos, de los que muchos penetraron en el fuerte, sin que por un momento decayese el entusiasmo de su valiente guarnicion, á pesar de que estaba desde la primera hora del sitio sin casi cerrar los ojos y en continuo fuego, y cuando algo descansaba era sentado el soldado al pié de las espalleras y fusil en mano. Era verdaderamente admirable el valor de aquellos soldados, en su mayoría quintos, haciendo fuego á porfia en los sitios en que mas destrozos causaba la artillería y observando una disciplina modelo: llegó su valor al extremo de arrojar sobre las granadas que caian en el cuartel, quitarlas las espoletas y echarlas en cubos de agua. Y experimentaban muchas bajas, llegando al punto de ser cosa rara el ver quien no tuviera lesion alguna. Era tambien para infundir pavor oír en medio de aquel mortífero fuego tocar las campanas de la ciudad la agonía, la música una marcha fúnebre. Los muchachos gritaban: matar al gobernador y habrá cuartel; pero allí había valor y subordinacion, á pesar de lo apurada que era la situacion á cada momento. Carecíase de enfermería segura, el sol canicular, el incansante trabajo, el insomnio y el aire enrarecido que se respiraba, causaron graves enfermedades; desarrollóse la viruela;